

DOMUND 2025
CONCLUSIÓN DE LA VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE OLIVENZA
(Olivenza, 19 de octubre de 2025)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Celebramos hoy dos acontecimientos importantes que hemos de tener muy presentes en esta Eucaristía. Por una parte, con la Iglesia universal, celebramos el día del *Domund*, la Jornada mundial de las misiones. Por otra parte, con esta celebración, cerramos la Visita pastoral al arciprestazgo de Olivenza y la Semana de evangelización que acompañó dicha Visita. Y en este doble contexto, las lecturas de hoy nos insisten sobre la importancia de la oración.

El día del *Domund* pone delante de nosotros la necesidad de llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra, como pidió Jesús a sus discípulos antes de subir a los cielos: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura” (*Mc 16, 15-18*). Llevar el Evangelio, compartir la alegre noticia del Evangelio, no es algo optativo para un cristiano sino una urgencia para todo bautizado. Como Pablo, se nos urge anunciar el Evangelio: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (*1Cor 9, 1ss*). Tampoco anunciamos el Evangelio por proselitismo, sino por amor a aquellos a los que lo anunciamos. Porque los amamos, porque amamos a Jesús, porque estamos convencidos que es una suerte, una gracia, conocer a Jesús, ahora lo queremos comunicar. Quien se ha encontrado con Jesús, quien ha tenido la suerte de conocerlo, no puede menos de comunicarlo a los demás. ¿Recordáis aquella parábola de la moneda extraviada y encontrada? (cf. *Lc 15, 8-10*). La mujer que la encuentra comunica a todos sus vecinos el hallazgo. Recordemos en este contexto también a la Virgen en su visita a Isabel su prima (cf. *Lc 1, 39-56*). Ella ha sido agraciada por el Señor. Ahora que lo lleva ya en su seno, no duda en ponerse en camino, de prisa, para comunicarlo a su prima Isabel. En eso consiste la evangelización: llevar la buena Noticia a todas las periferias, las existenciales y allí donde falta la luz del Evangelio. Llevarlo “a los de cerca y a los de lejos” (*Ef 2, 17*). A los de cerca, a nuestras familias, tan necesitadas de la Buena Noticia que es Jesús, a nuestros vecinos, también ellos necesitados del que es “camino, verdad y vida” (*Jn 14, 6*). A los de lejos, a los alejados, aunque estén bautizados, y a los de lejos geográficamente, como hacen los misioneros, a los que hoy, día del Domund, queremos recordar y apoyar con nuestra oración y con nuestra generosa ayuda, cada uno según sus posibilidades.

Vosotros, queridos hermanos de las distintas parroquias de este arciprestazgo, habéis sido visitados en estos días no solo por el Arzobispo, que ha realizado su Visita Pastoral en este arciprestazgo, sino también por un grupo de misioneros que os han ayudado con diversas actividades a reavivar el fuego de vuestra fe, tal vez un poco dormida. Han sido días intensos de evangelización. En este contexto quiero agradecer a todos la acogida que me habéis prestado a mí. Conservaré en mi corazón el recuerdo de los distintos encuentros que he realizado, especialmente los encuentros con los niños y jóvenes, y las visitas que hice a los enfermos. ¡Cuánta alegría encontré en aquellos rostros al entrar en sus casas y llevarles a Jesús con la comunión o la Unción de enfermos! Ha sido también para mí una oportunidad para ser evangelizado. También he podido comprobar la colaboración de muchos de vosotros en las tareas de la parroquia: desde los servicios más sencillos, como el tener abierto el templo y la limpieza, a las tareas de la catequesis y de la animación de grupos apostólicos. Gracias. Pero también gracias por la acogida que habéis prestado a los misioneros. Muchos me han comentado lo bien que se han encontrado entre vosotros. Ha sido una novedad el que hiciera coincidir mi Visita pastoral con la Semana de evangelización. Doy gracias a Dios por esta

inspiración y a vosotros os doy también las gracias por la acogida a esta iniciativa. Gracias de verdad.

En vuestras personas os ha visitado el Señor y vosotros lo habéis acogido con gozo. Ahora que habéis reafirmado vuestra fe, vuestro encuentro con el Señor, se os invita a compartir vuestra fe con los demás, comenzando por vuestras familias, pero no solo con los más cercanos, los que comparten nuestra misma fe y nuestras mismas inquietudes, sino también con los alejados que podáis encontrar en vuestras parroquias, en vuestro trabajo, en vuestros colegios. A todos estamos llamados a llevar la Buena Noticia que es el Evangelio, que es Jesús. Y en esta tarea que nadie se sienta dispensado. Todos hemos de sentirnos misioneros, portadores de Jesús al mundo.

Salgamos, pues, queridos hermanos y hermanas, anunciemos “a tiempo y a destiempo” (2Tm 4, 2) con nuestra vida cristiana y con nuestras palabras a Jesús, sin avergonzarnos de ser discípulos y misioneros. La sociedad nos necesita, pues hay mucha hambre de Dios, la Iglesia nos necesita, pues “la mies es abundante y los obreros pocos” (Mt 9, 35), y Jesús cuenta con nosotros y nos dice: “Ven también tú a trabajar a mi viña” (Mt 20, 4).

Pero la evangelización no se puede hacer sin la oración. La oración es el alma de la evangelización y de la misión. Es sumamente significativo que la patrona de las misiones sea una monja de clausura, santa Teresita del Niño Jesús. Si la misión fuera un adoctrinamiento, bastaría tener medios suficientes, sobre todo dinero, para hacerla. Pero la misión no es adoctrinamiento, sino propiciar el encuentro con Jesús, y eso solo es posible con la oración. Jesús nos ha dicho “sin mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5). Llevar el Evangelio a los demás no es desempeñar una simple tarea, es una misión a la que somos enviados. Por ello, para *no predicarnos a nosotros mismos* (cf. 2Cor 4, 5), hemos de entrar en relación con Jesús, permanecer en comunión con él a través de la oración, del *trato de amistad*, como definía la oración la santa andariega, Teresa de Jesús.

La primera lectura nos invita a orar, a tener los brazos y el corazón levantados a Dios en todo momento, sin cansarnos (cf. Ex 17, 11-13). Por su parte, el Evangelio de hoy nos pide ser constantes en nuestra oración, hasta el punto de ser “pesados”, como la viuda del Evangelio (Lc 18, 1-8). Pero orar no consiste sólo en repetir rezos, que ayudan, pero en cuya repetición, a veces, nos distraemos. La oración que quiere Jesús es la que mantenía Él con su Padre, en constante diálogo para conocer su voluntad. Una conversación frecuente, “cara a cara, como quien habla con un amigo”, como hablaba Moisés con Dios (cf. Ex 33, 11-13), que permita valorar la realidad, los sucesos de la vida, con los criterios de Dios. Una oración que permite adaptar nuestros pensamientos, proyectos y reacciones a los planes de Dios. Orar es preguntar a Dios qué quiere de nosotros, qué quiere de mí.

La oración, junto con la Palabra y los sacramentos, son momentos especiales de encuentro con Dios, son los medios que Él nos ha dado para mantener un constante diálogo con Él y con el mundo, de una manera muy especial con los más pobres y necesitados. Cuando vivimos estas tres dimensiones: la Palabra, la oración y los sacramentos, Dios nunca quedará arrinconado en la caja fuerte de nuestro corazón para que nadie nos lo quite. Jesús quiere repartirse a todos y para todos. El que de verdad intenta seguir a Cristo debe tener un corazón lo suficientemente grande para que en él quepa toda la humanidad, y una vida lo suficientemente conectada con Dios, a través de la oración, para que, a través de lo que haga, se abra una ventana al cielo para que las personas descubran a Cristo.

Celebramos hoy, como he dicho, el *Domund*, la Jornada Mundial de las Misiones. Es el día en el que, de un modo especial, la Iglesia universal reza por los misioneros y colabora con las misiones. Este año el lema elegido para la celebración de esta Jornada es “Misioneros de esperanza entre los pueblos”. Con este lema se nos recuerda que nuestra vocación fundamental es la de ser mensajeros y constructores de esperanza. Hoy nuestro pensamiento y gratitud va a todos los que un día dejaron su familia, su cultura, su tierra y, como Abraham, se pusieron en camino a otras tierras y culturas. Estos hombres y mujeres necesitan el apoyo del resto de la Iglesia. ¿Cómo? Hay tres formas de cooperación misionera: personal, espiritual y económica. Preguntémonos si el Señor nos está pidiendo dedicar algún tiempo a la misión “ad gentes”. Por otra parte, hemos de colaborar con nuestra oración y con nuestra solidaridad económica. Cada uno, en lo que pueda y como pueda. Recordemos que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20 35) y que es “dando como se recibe” (San Francisco).

Seamos misioneros en nuestro entono y ayudemos a aquellos que se han ido a los llamados “países de misión” para anunciar allí el Evangelio. *Fiat, fiat, amen, amen.*